



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

42 – Shīha llega a tiempo

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



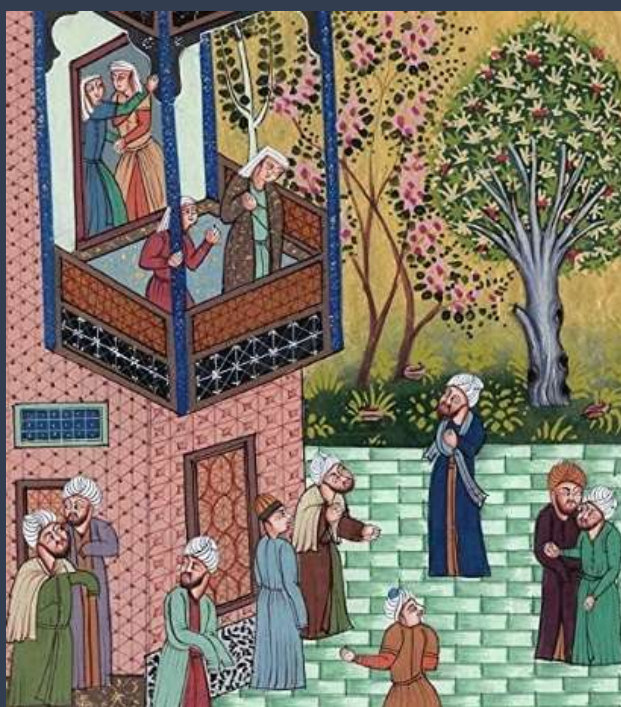
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 42 – Shíha llega a tiempo



Volvamos de nuevo a Ibrahim que, en ese medio tiempo, había entrado en Tiberíades.

– Y bien, hijo del Korani, ¿cómo te ha ido hoy? –le lanzó burlón Yauán– Se diría que el hijo de la Doblete te ha hecho morder el polvo.

– Eh, cura, ¿cuándo has visto tú a alguien que pueda igualar en velocidad a Saad? Es un hombre con el que siempre hay que contar: no hay nadie tan rápido, ni tan ágil como él cuando corre.

– ¡Por mi religión que eso es bien cierto! Ni siquiera se le puede seguir con la vista.

Pasaron el resto del día charlando juntos; por la noche, cuando el *babb* Tabarín se hubo retirado, Yauán mantuvo un conciliábulo con Ibrahim.

– Escucha, hijo del Korani, todo lo que has hecho hasta ahora no ha servido de nada –le espetó el monje maldito–. Esta noche, te debes introducir en el campamento enemigo y secuestrar al sultán. Cuando lo hayas traído hasta aquí, lo pondrás sobre el tapiz de sangre y, o bien te da una satisfacción y os reconciliáis, o, si lo rechaza, entonces tú haz lo que mejor te parezca.

– Tienes razón, cura –aprobó Ibrahim–. Lo que tengo por seguro es que jamás llegaré a vencer al sultán en combate singular.

Ibrahim esperó entonces hasta las cuatro o cinco de la madrugada; luego, armado de pies a cabeza, salió del palacio y se sumergió en la oscuridad de las callejuelas de Tiberíades, caminando hacia la puerta de la ciudad. Al atravesar un zoco muy sombrío, dio un traspiés sobre un viejo mendigo que se había echado a dormir en medio del camino.

– ¡Jodido tipejo de mierda! –maldijo Ibrahim– ¿Es que no tienes ojos en la cara, para dormir así, en medio de la calle?

– ¡Por mi religión, hijo del Korani, no soy yo el ciego! –protestó el otro– El ciego eres tú, que caminas sin mirar donde pones los pies.

– ¡Cómo te atreves a llamarme ciego, jodido cabrón! –rugió Ibrahim precipitándose sobre el viejo dispuesto a masacrarle.

– ¡Basta, hijo del Korani! Debería darte vergüenza de abusar de tu fuerza contra un pobre y buen viejo como yo. Mejor harías en escuchar lo que voy a decirte y entenderlo; luego, actúa como te venga en gana.

– Sea, habla, pero date prisa, a ver si te has creído que yo no tengo otra cosa que hacer que escucharte a ti.

– Hijo del Korani, ¿por qué esos ataques de cólera cuando te dicen la verdad? Lo que acabo de decirte puede que haya venido a cuento, y tú tendrías que haberme preguntado por mis razones.

– De acuerdo, dime tus razones: por la vida de mi padre, que, si son buenas razones, te perdonaré.

– ¡Por supuesto que son buenas razones! ¡Si tu corazón no estuviera ciego, no irías a secuestrar al *rey* de los musulmanes, tu benefactor, para entregárselo a los francos, los enemigos de la verdadera Fe!

– Pero... ¿tú quién eres? –le interrumpió Ibrahim, que ya comenzaba a sospechase algo– Yo te conjuro por la Esencia trascendente de Dios, dime tu verdadero nombre.

– ¿Y quién quieres que sea, sino el soberano de los castillos y su gloria, Shîha Yamâl El-Dîn? –le respondió el pretendido anciano.

– ¡Cojonudo, esto me viene como anillo al dedo! –exclamó Ibrahim agarrándole del cuello y sacudiéndole como a un ciruelo– ¡Ah, mi muchachete, mi muchachete! ¡Menuda suerte que acabo de tener! Desde el principio de todo este asunto, lo único que me inquietaba era no saber adonde estabas. ¡Pero en esta ocasión, se acabaron tus alegrías, caballere de mis cojones! En cuanto te haya liquidado, tendré rienda suelta.

– ¡Vamos, vamos, Ibrahim, no me digas que me vas a hacer la misma jugada que en Sîs¹! –protestó Shîha– Suéltame ahora mismo, o te vas a morder los dedos. Por el Supremo Nombre de Dios, estoy en Tiberíades desde el mismo día en que tú llegaste con Yauán, y de haber querido, habría podido capturarte y entregaros a ti y a la ciudad al sultán; hace tiempo que podría haber hecho eso; sin embargo, he preferido dejar que se calmase tu cólera un poco... cólera, por cierto, bien justificada, pues conozco la mala pasada que te han jugado... Pero, vamos a ver, Ibrahim, ¡reflexiona un poquito! ¿Cómo se te ha ocurrido querer secuestrar al sultán y traerlo aquí? De sobra sabes que Yauán no habría perdido ni un minuto en drogaros a los dos, junto con los otros *fidauis*, y entregaros a Mangoberto, que os habría ajusticiado en el acto para vengarse de la destrucción de su capital.

¹ Ver *Paladín de Doncellas*.

– Mmmmm –gruñó Ibrahim– medio convencido–. Vale, vale; pero ya que te has ocupado tanto de mis asuntos, mi buen Yamâl El-Dîn, a ti te toca resolverlos: de entrada, ya sabes que me han robado mi parte del botín, y luego, han intentado llevarse también a Nâfileh, con la de canas que me ha costado por conseguir su amor.

– Mira, Ibrahim, escúchame un momento, y te explico mi plan.

Shîha desapareció un momento, y al rato volvió, sudando y resoplando bajo el peso de un enorme saco que cargaba a sus espaldas.

– ¿Qué llevas ahí, Yamâl El-Dîn? –le preguntó Ibrahim.

– Al *babb* Tabarín.

– ¡Eh, espera, mi viejo! Yo le he jurado no hacerle daño alguno si me congraciaba con el sultán. No querrás que falte a mi palabra... ¡además de que aún no me he reconciliado, ni obtenido satisfacción!

– Escucha, de tus asuntos, ya me encargo yo de poner paz entre el sultán y tú: te garantizo que no te va a decir ni una sola palabra de reproche, que te restituirá en todos tus cargos oficiales, que te casarás públicamente y en justas nupcias con Nâfileh, y que recuperarás tus tres *jaznehs* de oro. Ahora bien, si temes por la suerte del *babb* Tabarín, yo me haré cargo de su rescate frente al sultán. En cuando a los *fidauis*, voy a anunciarles ahora mismo que tú te has reconciliado con el sultán, y estarán de vuelta en el campamento antes de tu llegada.

– Está bien, me parece un plan redondo, Yamâl El-Dîn –asintió Ibrahim– muy satisfecho... Ah, por cierto, también di mi palabra a Yauán y a Bartacush de que les dejaría en paz.

Dicho esto, Ibrahim cargó con el saco que contenía al *babb* Tabarín y se dirigió hacia las murallas; las franqueó con ayuda de su gancho de escalada, y poco después, marchaba a grandes zancadas a través de la llanura. Al llegar a los alrededores del campamento, se encontró con la sorpresa de hallar allí al capitán Sulaymán el Búfalo y a los demás *fidauis* que había dejado en Tiberíades.

– Vaya, muchachos, ¿cómo os habéis enterado de que yo había hecho las paces con el sultán? –les preguntó Ibrahim tras intercambiar los saludos de costumbre.

– Nos ha avisado Shîha –respondió Sulaymân.

– ¡Cómo puede ser eso! ¿Y por dónde habéis salido de la ciudad?

– Shîha nos ha conducido por una especie de subterráneo muy raro: ni siquiera se podía ver el fondo...

– ¡Qué hombre! –se extrañó Ibrahim– Vive Dios que merece mejor que nadie su título de sultán de las ciudadelas y de los castillos.

Dejando a sus compañeros, Ibrahim penetró en el campamento y se dirigió al pabellón real. Al franquear la entrada, vio con asombro a Shîha, sentado como siempre, junto al sultán.

– ¡Ah, no es posible! ¿pero cuántos ejemplares existen de este Shîha? –se dijo para su colete– ¿Cómo diablos ha tenido tiempo de llegar antes que yo, después de haber sacado a los *fidauis* de la ciudad?

Cuando llegó ante el trono, hizo una profunda reverencia y con voz potente declaró:

– ¡Concédeme tu gracia, efendem! Graves son mis faltas, y me declaro culpable de mis crímenes.

Entonces, desenvainó su *shâkriyyeh*, la Devastadora, esa que había pertenecido a Zuheir, la depositó ante el sultán y se agachó con el cuello al descubierto.

– Oh, Comendador de los creyentes –prosiguió–, aquí tienes mi cuello, y aquí mi espada.

– Ibrahim –respondió el rey–, te juro por mi cabeza, que, aunque hubieras matado a El-Saïd, mi propio hijo, podría Dios perdonarte como yo te perdono.

Tras conder la amnistía a su compañero, ordenó que condujeran a Tabarín a la tienda de los prisioneros.

A la mañana siguiente, recuperó su lugar en el pabellón real, rodeado de los visires, emires y capitanes ismailíes, por supuesto, Ibrahim entre ellos.

– Id a buscarme a Tabarín –ordenó el sultán.

Poco después, le trajeron al cautivo, que aún se hallaba sumido en un profundísimo sueño. A las órdenes del sultán, Shîha le suministró el antídoto del *bench*, y el *babb* volvió en sí, invocando a Cristo; después, cuando abrió los ojos y comprendió donde se hallaba, bajó humildemente la cabeza suplicando:

– ¡Oh, *rey*, imploro tu gracia!

– ¡Ah, canalla! –le gritó el sultán– ¿Cómo te has atrevido a contravenir mis órdenes y conceder asilo a Ibrahim? ¿Cómo has osado confabularle con él para fomentar algazaras y perjudicar a mis súbditos? ¿Acaso no sabes, *babb*, que los musulmanes jamás de los jamases se hacen la guerra entre ellos, aun mediando un asunto de sangre?

– Clemencia, oh, *rey* –continuó Tabarín–. Dígnate darme permiso para hablar en mi defensa.

– Habla, si tu defensa es buena, te concederé mi perdón.

– Oh, *rey*, estaba yo tan tranquilo en mi palacio, sin problema alguno, cuando vi llegar a Yauán, acompañado de Ibrahim. Él me dijo que éste se había rebelado contra ti, y me exigió que le diera asilo. Entonces, pensé que, si rechazaba seguirle en su rebelión, Yauán se lo llevaría a uno de los reyes de los países francos, por ejemplo, a Federico, o al rey de Castilla, y que cualquiera de ellos no dudaría un momento en cogerlo a su servicio y a reunir un ejército para invadir las tierras de los musulmanes: de un golpe, este asunto de segundo orden, habría desembocado en una situación incontrolable. De modo que, a pesar de mis reticencias, preferí acoger a Ibrahim en mi casa, pues conozco perfectamente que mi reino no es muy grande, y que mi ejército es bastante modesto; en fin, que no cuenta para nadie.

Además, te puedo asegurar, que ni una sola vez he animado a Ibrahim a atacar tus posesiones. De hecho, aquí lo tienes, ante ti, tú puedes preguntarle: si yo he mentido, no te resultará difícil castigarme como quieras; pero, si he dicho la verdad, me someto a tu sabiduría. En cualquier caso, estoy a tu merced: si me condenas a muerte, mi último deseo será que mi vida sirva de rescate a la tuya y ala del hijo del Korani.

Esas palabras, fruto de un buen sentido común y dignidad, produjeron una favorable impresión en el sultán.

– Si eso es así, desde luego que no mereces la muerte –le anunció–. Al contrario, para mí es un deber tratarte con todos los miramientos que mereces.

Entonces, el sultán ordenó entregarle inmediatamente un manto de honor.

– Desde el momento en que tú has concedido tu hospitalidad a Ibrahim durante tantos días, es como si me la hubieras otorgado a mí –prosiguió–. Regresa libre a tu ciudad; además, te dispenso del tributo que me debes de este año.

El sultán ordenó en el acto redactar un firman en ese sentido, que entregó a Tabarín.

– Hijo del Korani –le pidió Tabarín– dignate venir conmigo, para que te entregue a tus compañeros y a tu prometida.

Los dos hombres volvieron a Tiberíades, y comenzaron a preguntar por Yauán y Bartacûsh, pero pronto se dieron cuenta de que estos habían huído. En efecto, el fraile maldito, al ver que Ibrahim no volvía –al que, si os acordáis, él mismo había enviado a secuestrar al sultán–, y enterarse de la desaparición del *babb* Tabarín y de los *fidauis*, comprendió rápidamente lo que estaba pasando.

– Vete a buscar a la Olivilla, Sable de Bizancio –le ordenó Yauán a Bartacûsh–. Por mi religión, que esta jugada se nos ha ido de las manos: larguémonos de aquí rapidito; vamos a buscar otro sitio en donde sembrar zizaña. ¡Tabarín bien puede arreglárselas solo!

Dicho esto, se montó a horcajadas sobre su burra y se marchó, acompañado de su condenada alma gemela.

Tabarín ordenó que prepararan una litera para Nâfileh y se la confió a Ibrahim; asimismo le entregó una bolsa con mil dinares.

– Guárdame el secreto, hijo del Korani –añadió–. Estos mil dinares son una recompensa por haber entregado el mensaje¹, y te ruego que no me tomes a mal que te ofrezca un presente tan modesto.

– No tienes nada que temer, *babb* –le aseguró Ibrahim.

Ibrahim condujo a Nâfileh al campamento, en donde el sultán se la entregó a Shâhîn de Masyât y a Dawûd el Iracundo, ordenándoles que se presentaran en Damasco, y le esperaran

¹ No se entiende bien a qué mensaje se refiere; todo hace pensar que se trataría de un tonelillo de vino camuflado, como recompensa a Ibrahim por haber confirmado la versión de los hechos que expuso Tabarín ante el sultán para su defensa.

allí; les asignó una escolta y les entregó una nota para Aqish el Leal, recomendándole que se hiciera cargo de la joven y la instalara en el harén del palacio Ablaq¹. Tomadas todas esas disposiciones, el sultán entró en Tiberíades para visitar a Tabarín, que le obsequió con la más generosa de las hospitalidades durante numerosos días. Por su parte, Ibrahim recompensó abundantemente al capitán Jaddûr, y le prometió que le visitaría a la menor ocasión que se le presentara; muy satisfecho, éste no tardó en despedirse y regresar a El-Lodd.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.43 – El juicio de Ibrahim

¹ Es el palacio personal de Baïbars cuando reside en Damasco. Ese edificio ha existido realmente (Ver *La Venganza del Maestro de las Argucias*).